

¿TODA LA VERDAD?

El libro tiene, en principio, una dimensión positiva: divulgar un tema largo tiempo enclaustrado. Cabría pensar, en definitiva, que una cosa es la investigación y otra la divulgación, y que un libro titulado "García Lorca, asesinado: toda la verdad", por muy flaco que ande en el primer capítulo, ha de cumplir una función útil en la sociedad española.

Esto dicho, creo que la presencia del libro entraña cierto cinismo histórico, al no abordar el autor las razones últimas de la tardía divulgación de su materia. Cabría incluso que el punto lo hubiera dejado entre líneas, a la libre interpretación del lector. Lo que no veo nada claro es que Vila-San-Juan se presente como el hombre lúcido y valeroso que se atreve a decir lo que otros, por miedo o por ignorancia, no dijeron antes que él.

En la medida en que soy español y he escrito, para la colección juvenil de la Editorial Aymá, un libro sobre Lorca, al que se refiere Vila-San-Juan, quiero explicar algo muy concreto. Aunque no se trata de un libro sobre la muerte de Federico, sino de una interpretación general de su obra, es lógico que la muerte del escritor fuera uno de sus temas, sobre todo —frente a la línea anecdótica propuesta por Vila-San-Juan— porque dicha muerte me parece la expresión última, en el marco de una guerra civil, de los crecientes conflictos de Federico con el pensamiento conservador español. Al tema en cuestión le dediqué —basándome en Coulton, Auclair y Gibson— escasos y prudentes folios, que, sin embargo, sufrieron varias supresiones. ¿Con qué derecho viene ahora nadie a presumir de emplear unas palabras que otros no pudimos emplear? ¿Qué razones de carácter ideológico sirven de contrapeso a ese lenguaje directo? ¿Por qué cualquier español puede leer a Vila-San-Juan y no a Gibson?

Yo —que soy un estudioso de Lorca y no un investigador histórico— creo que Vila-San-Juan se ha equivocado en la manera de plantear su libro. Bueno era que divulgara lo que otros han descubierto. Bueno era que añadiera a los datos conocidos aquellos nuevos que estuvieran en su mano. Pero asentar el trabajo en la presunción de que otros no han querido decir —no hemos querido decir— algunas de las cosas que él sí puede decir, y en la afirmación de que su libro contiene "toda la verdad", me parece decididamente petulante. Me recuerda un poco a ciertos críticos —que a su vez eran censores—, que después de estar Brecht prohibido en España durante muchos años, declararon ante sus

primeros estrenos que era un "dramaturgo superado".

Si nos atenemos al estricto análisis de los datos —ya conocidos en su inmensa mayoría— que aparecen en el libro, es fácil descubrir las consabidas lagunas. Con Eduardo Molina Fajardo, ex

comentamos. Por ejemplo, sigue sin estar del todo claro quiénes fueron las personas concretas que convencieron a Valdés, gobernador civil, de la conveniencia de sacar a Federico de casa de los Rosales. Es bien conocida la tesis de que fue una maniobra de

José Monleón

director de "Patria", que lleva mucho tiempo preparando un libro sobre el tema —y que, por lo demás, comparte con Vila-San-Juan la intención de exculpar a la Falange— he hablado varias veces es esto, y me ha señalado algunos puntos que siguen sin respuesta en el trabajo que ahora

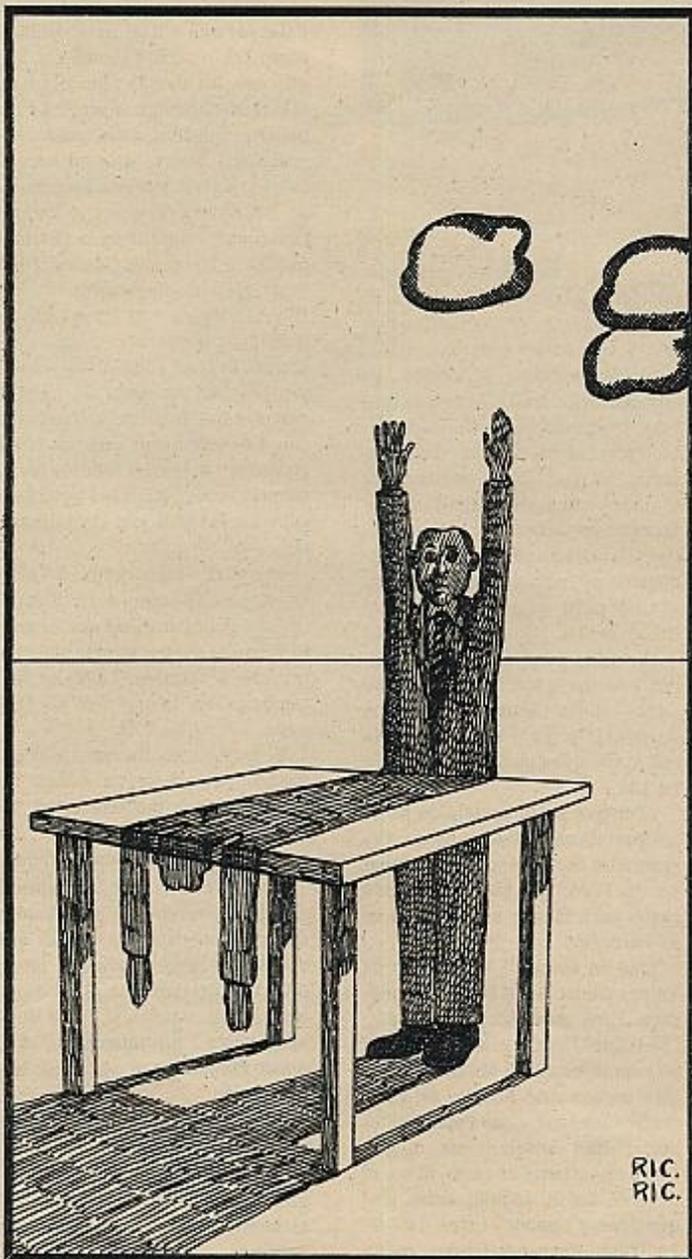
los cedistas —representados, en este caso, por Ruiz Alonso— para desprestigiar a los falangistas. Pero eso supone una calificación política de la figura de Federico que, por otra parte, suelen rechazar los defensores de esta tesis. No está nada claro, dadas las fuerzas de los Rosales, que el

destino de Lorca se cumpliera sin la mediación de algunos personajes que aún no han aparecido en el drama ni cita tampoco Vila-San-Juan. Esos personajes a los que, sin duda, se refería Molina Fajardo cuando me hablaba de la imposibilidad de publicar su libro en estos momentos "porque en él es necesario mostrar el comportamiento de unas cuantas familias granadinas". Otro punto, sin duda fundamental, cuya explicación clara no existe todavía, es el de esa orden de libertad para Federico que el gobernador militar, González Espinosa, entregó a Pepe Rosales. Se cuenta que Pepe Rosales acudió con esa orden al Gobierno Civil y que Valdés le dijo que García Lorca había sido fusilado esa madrugada; se cuenta también que Federico seguía, sin embargo, detenido en el Gobierno Civil, de donde no lo sacaron hasta el anochecer. Engaños difíciles de entender si pensamos que el gobernador militar estaba por encima del gobernador civil y que José Rosales era una fuerte personalidad de la Falange. También de Molina Fajardo es la afirmación, concordante con sus investigaciones, de que en el "Himno a los Muertos de la Guerra Civil Española", que iban a hacer Luis Rosales y Federico, el segundo pondría sólo la música, explicación que difiere profundamente de las consideraciones que se hace Vila-San-Juan en su libro...

Con todo esto —y otras cosas que podrían traerse a colación— no pretendemos rebatir la investigación de Vila-San-Juan, sino el tono de "documento definitivo" con que se nos propone. Sobre todo si consideramos que hechos como la muerte de Federico se encuadran en circunstancias y realidades generales cuyo análisis e interpretación se hacen imprescindibles para entender el caso concreto. En el fondo, la palabra asesinato, tras su aparente crudeza, quizá resulta tranquilizadora; decir que la muerte de Lorca fue un "asesinato estúpido" sería otra manera de limpiar la casa. Porque cuando un hombre sale a la muerte desde un Gobierno Civil y es ejecutado, en unión de otros hombres, por piquetes regulares, con su muerte expresa un momento histórico, una realidad social.

Es probable que nuevos libros nos vayan dando los datos que aún permanecen oscuros. Historiográficamente será bueno que estos datos salgan a la luz. Pero la significación del hecho está ya definitivamente conformada.

La ejecución de Federico está predeterminada por muchas de las cosas que dijo y escribió. La guerra civil sólo fue un sangriento ajuste de cuentas. ■



RIC.
RIC.